

rurales el alumno tarda en ingresar a la escuela y la abandona muy pronto, y 4.º pese a las leyes existentes, se ocupa a los niños menores de 16 años en faenas agrícolas y aun en faenas domésticas e industriales.

Amanda Labarca, conocida y notable educadora nuestra, conoce, sin lugar a dudas, a fondo el tema objeto de este libro.

Esta es una obra necesaria e interesante para conocer y comprender los diversos aspectos de la enseñanza en nuestro país y los problemas que tiene que afrontar y la forma de solucionarlos.—*Juan Pedro Aguayo B.*



“ALGO PASA EN LAS ALDEAS”, de *Raúl González Labbé*

Después de publicar *Chépica*, en 1941, estampas aldeanas plenas de colorido y *Luz en su tierra*, en 1947, verdadero canto a la amistad y exaltación del recuerdo de su dilecto amigo Oscar Castro Zúñiga, el poeta rancagüino prematuramente desaparecido, Raúl González Labbé nos entrega su volumen de cuentos *Algo pasa en las aldeas*, en el que ha reunido la producción literaria de estos últimos años, perseverando en el tema explotado en su primer libro.

Algo pasa en las aldeas, como su título lo indica, es un conjunto de cuentos extraídos de observaciones cotidianas, de hechos sin trascendencia en algunos casos, de recuerdos de la lejana infancia transcurrida entre las polvorientas o fangosas calles de una aldea colchagüina. Es, sencillamente, la vida, con sus alegrías y dolores, su luz y su sombra, de un poblacho aislado del ferrocarril, en el que los hombres sienten las mismas pasiones, alegrías y dolores comunes a la especie humana, sin otra diferencia que la intensidad de los matices determinados por el ambiente.

“Ahora recuerdo”, el primer cuento o relato, es la acertada descripción de un estado introspectivo, en el que un hombre evoca un

trozo de su infancia, marcada por la huella indeleble del misterio, que permanece en su memoria, fresca y palpitante, como el fruto de un árbol cultivado.

En "Vaya uno a saber", Raúl González Labbé nos describe con pluma ágil y ojo certero la sorda rivalidad entre dos médicos que no caben en las estrechas dimensiones geográficas de Chépica. El autor, sin recurrir a manoseados recursos, sin dramatismos histéricos, nos conduce con sencillez de advertido cicerone por los tortuosos caminos de la rivalidad, la envidia y la desconfianza mutua de dos hombres que defienden su clientela, su prestigio y su derecho a la vida en un medio rudimentario, que culmina con la huída de uno de los galenos.

Una mesurada dosis de metáforas embellecen los cuentos de este escritor que extrae sus temas del agro colchagüino, en el que deslizóse su infancia frente al verde vegetal de los potreros y de un horizonte de árboles y cerros. El escritor, sin pretenderlo, acumula emociones, sentimientos, escenas, paisajes, rostros, palabras, que acuden a su memoria después de un largo y laborioso proceso de elaboración interna, que puede prolongarse por varios años.

Es el caso de González Labbé. Por eso sus metáforas alcanzan plenitud cuando describe al paisaje circundante: "El sauce, cerca de los gallineros, es un hermoso quitasol verde que duerme de pie como las aves". "Allá lejos, los naranjos son muchachos en revista de gimnasia". "A los eucaliptus en el deslinde último, les han crecido hojas de plata" ("Morris, capitán en retiro"). En este cuento nos parece que González Labbé alcanza su máxima dramaticidad. El protagonista, impulsado por su espíritu formado en la disciplina militar, protege con un cerco de alambres cargados de electricidad sus amenazados gallineros. Su hijo pequeño, por un descuido, es víctima de la trampa mortal. Todo esto contado sin alardes, sin recargamientos, sin alaridos. En uno de los mejores cuentos del libro, a nuestro juicio. Sólo encontramos superfluo el último párrafo, de la

luna que llora. Pudo haberlo suprimido sin perjuicio del dramático desenlace.

“Ño Jacinto” es la tragedia del campesino que envejece curvado sobre los surcos y termina su vida en resignado y silencioso aislamiento. Samuel, el hijo, lo visita intempestivamente después de larga ausencia. El viejo lo escucha, casi sin hablar: “Prefería sentir lo que pasaba dentro de su ser: ideas de luz, golpes de sombra, varillazos de alegría, choques de dudas y certezas, en un rodar vertiginoso”. Y el desenlace nos golpea con crudo realismo; el hijo roba a su padre sus únicos bienes materiales: una manta y una cama. “Ño Jacinto” es un cuento que no se olvida fácilmente y que por sí solo puede prestigiar a un libro y a su autor.

Nueve cuentos o relatos forman el último libro de González Labbé. En ellos permanece fiel a su realismo sin estridencias, a su expresión mesurada, a su predilección por los temas vernáculos, en cuyos predios transita con pasos firmes y seguros el hombre que sabe hacia donde conducen sus senderos.

Desde el punto de vista estético y humano, *Algo pasa en las aldeas* representa un valioso aporte a las letras nacionales. Al leerlo, tenemos la impresión de que el autor no inventa nada, que ha escrito literariamente la realidad que sus ojos sagaces y su sensibilidad despierta captaron a través del tiempo y del espacio en un pueblo chico o en una aldea grande. El arte —según la definición de Emilio Zola— no es más que la realidad vista a través de un temperamento. En este caso, una aldea chilena adquiere contornos universales mediante el talento creador de este escritor chepicano.—
Gonzalo Drago.

■

“ENTRE EL OLVIDO Y EL SUEÑO”, de *Mario Dazán*

Pulcramente editado por la Escuela Nacional de Artes Gráficas, acaba de aparecer *Entre el olvido y el sueño*, primer libro de